**EXTRACTO DE *LA NOCHE***

**ELIE WIESEL**

1 ECOS Y REFLEJOS

I | ENSEÑANDO EL HOLOCAUSTO. INSPIRANDO EL AULA.

Atrás quedaron en el carro los objetos queridos que habíamos llevado con nosotros de un lugar a otro y, con ellos, finalmente, nuestras ilusiones.

Cada pocos metros, había un hombre de las SS, apuntándonos con su ametralladora. De la mano seguimos a la multitud.

Un SS se acercó a nosotros empuñando un garrote. Él ordenó:

“¡Hombres de izquierda! ¡Mujeres de derecha!

Ocho palabras dichas en voz baja, con indiferencia, sin emoción. Ocho palabras sencillas y breves. Sin embargo, ese fue el momento en que dejé a mi madre. No había tiempo para pensar y ya sentí la mano de mi padre presionar la mía: estábamos solos. En una fracción de segundo pude ver a mi madre, a mis hermanas, moverse hacia la derecha. Tzipora sostenía la mano de mamá. Los vi alejarse cada vez más; Mi madre acariciaba el cabello rubio de mi hermana, como para protegerla. Y seguí caminando con mi padre, con los hombres. No sabía que este era el momento y el lugar en el que dejaría a mi madre y a Tzipora para siempre. Seguí caminando, mi padre tomó mi mano.

Detrás de mí, un anciano cayó al suelo. Cerca de allí, un hombre de las SS enfundó su revólver.

Mi mano apretó con más fuerza a mi padre. Lo único que podía pensar era en no perderlo. No quedarse solo.

Los oficiales de las SS dieron la orden.

“¡Formen filas de cinco!”

Hubo un tumulto. Era imperativo permanecer juntos.

"Oye, niño, ¿cuántos años tienes?"

El hombre que me interrogó era un preso. No pude ver su rostro, pero su voz sonaba cansada y cálida.

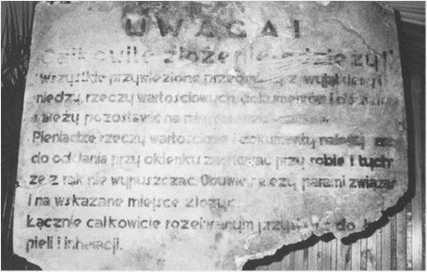
"Quince."

"No. Tienes dieciocho años.

"Pero no lo soy", dije. "Tengo quince."

"Tonto. Escuchen lo que digo”.

Luego le preguntó a mi padre, quien respondió:



Archivo fotográfico de Yad Vashem (4613/194) Un cartel escrito en polaco en el campo de Belzec, Polonia. El cartel, que pretendía engañar a las víctimas, dice:

¡ATENCIÓN!

TODAS LAS PERTENENCIAS A ENTREGAR EN EL CObertizo, EXCEPTO DINERO, DOCUMENTOS Y OTROS

OBJETOS DE VALOR QUE DEBES MANTENER CONTIGO. LOS ZAPATOS DEBEN ESTAR ATADOS EN PARES Y COLOCADOS EN LA ZONA MARCADA.

DESPUÉS DEBES IR A LAS DUCHAS COMPLETAMENTE DESNUDO.



Un montón de zapatos de las víctimas, Majdanek, Polonia. Cortesía del Archivo Central de Fotografías y Cine del Estado, Kiev

"Tengo cincuenta años".

"No." El hombre ahora parecía enojado. “No cincuenta.

Tienes cuarenta. ¿Tu escuchas? Dieciocho y cuarenta.

Desapareció en la oscuridad. Apareció otro recluso, desatando un torrente de invectivas:

“Hijos de puta, ¿por qué habéis venido aquí? ¿Dime por qué?"

Alguien se atrevió a responder:

"¿Qué opinas? ¿Que vinimos aquí por nuestra propia voluntad? ¿Que pedimos venir aquí?

El otro parecía dispuesto a matarlo.

“¡Cállate, idiota, o te haré pedazos!

Debieron haberse ahorcado en lugar de venir aquí. ¿No sabías lo que te esperaba aquí en Auschwitz? ¿No lo sabías? ¿En 1944?

Verdadero. No lo sabíamos. Nadie nos lo había dicho. No podía creer lo que oía. Su tono se volvió más duro:

"Allí. ¿Ves esa chimenea de allí? ¿Lo ves? Y las llamas, ¿las ves? (Sí, vimos las llamas). “Allí, eso es



Judíos sometidos al proceso de selección en la plataforma de llegada de Birkenau conocida como la “rampa”. Las personas del fondo se dirigen al Crematorio II de Auschwitz-Birkenua. Archivos fotográficos de Yad Vashem (4522)

donde te llevarán. Allí estará tu tumba. ¿Aún no lo entiendes? Hijos de puta. ¿No entiendes nada? ¡Serás quemado! ¡Quemado hasta convertirse en cenizas! ¡Convertido en cenizas!

Su ira se transformó en furia. Nos quedamos atónitos, petrificados. ¿Podría ser esto sólo una pesadilla? ¿Una pesadilla inimaginable?

Escuché susurros a mi alrededor:

"Debemos hacer algo. No podemos dejar que nos maten así, como al ganado en el matadero. Debemos rebelarnos”.

Había entre nosotros algunos jóvenes duros. De hecho, tenían cuchillos y nos instaban a atacar a los guardias armados. Uno de ellos murmuraba:

“Que el mundo sepa de la existencia de Auschwitz. Que todos se enteren mientras todavía tengan la oportunidad de escapar…”

Pero los ancianos rogaron a sus hijos que no hicieran tonterías:

“no debemos perder la esperanza,

INCLUSO AHORA COMO LA ESPADA

CUELGA SOBRE NUESTRAS CABEZAS. ENTONCES

ENSEÑÓ A NUESTROS SABIOS…. "

El viento de revuelta amainó. Seguimos caminando hasta llegar a un cruce. Parado en medio estaba, aunque entonces no lo sabía, el Dr. Mengele, el famoso Dr. Mengele. Parecía el típico oficial de las SS: un rostro cruel, aunque no falto de inteligencia, con monóculo completo. Llevaba una batuta de director y estaba rodeado de agentes. El bastón se mueve constantemente, a veces hacia la derecha, otras veces hacia la izquierda.

En poco tiempo me paré frente a él.

"¿Su edad?" preguntó, tal vez tratando de sonar paternal.

"Tengo dieciocho años". Mi voz temblaba.

"¿En buena salud?" "Sí."

"¿Tu profesión?"

¿Decirle que era estudiante?

"Granjero", me oí decir.

Esta conversación no duró más que unos pocos segundos. Parecía una eternidad.

El bastón apuntaba hacia la izquierda. Di medio paso hacia adelante. Primero quise ver adónde enviarían a mi padre. Si hubiera ido hacia la derecha, habría corrido tras él.

El testigo, una vez más, se movió hacia la izquierda. Un peso quitado de mi corazón.

Todavía no sabíamos cuál era el mejor lado, el derecho o el izquierdo, qué camino conducía a la prisión y cuál a los crematorios. Aun así, estaba feliz, estaba cerca de mi padre. Nuestra procesión continuó avanzando lentamente.

Otro recluso se acercó a nosotros: “¿Satisfechos?”

“Sí”, respondió alguien.

"Pobres diablos, os dirigís al crematorio".

Parecía estar diciendo la verdad. No muy lejos de nosotros, llamas, enormes llamas, surgían de una zanja. Allí se estaba quemando algo. Un camión se acercó y descargó lo que llevaba: niños pequeños. ¡Bebés! Sí, vi esto con mis propios ojos... niños arrojados a las llamas. (¿Es de extrañar que desde entonces el sueño tienda a eludirme?)

Así que hacia allí íbamos. Un poco más adelante había otro foso más grande para adultos.

Me pellizqué: ¿estaría todavía vivo? ¿Estaba despierto? ¿Cómo era posible que hombres, mujeres y niños fueran quemados y que el mundo guardara silencio? No. Todo esto no podría ser real. Una pesadilla tal vez…. Pronto debería despertarme sobresaltado, con el corazón acelerado, y descubrir que estaba de nuevo en la habitación de mi infancia, con mis libros...

La voz de mi padre me arrancó de mis ensoñaciones:

“Qué pena, una pena que no fuiste con tu madre… Vi a muchos niños de tu edad ir con sus madres…”

Su voz era terriblemente triste. Entendí que él no quería ver lo que me harían. No quería ver a su único hijo arder en llamas.

Mi frente estaba cubierta de sudor frío. Aún así le dije que no podía creer que en nuestros tiempos se estuviera quemando seres humanos; el mundo nunca toleraría tales crímenes….

"¿El mundo? El mundo no está interesado en nosotros. Hoy todo es posible, incluso los crematorios…” Su voz se quebró.

"Padre", dije. “Si eso es cierto, entonces no quiero esperar. Me encontraré con el alambre de púas electrificado. Eso sería más fácil que una muerte lenta en las llamas”.

Él no respondió. Estaba llorando. Su cuerpo estaba temblando. Todos a nuestro alrededor estaban llorando. Alguien empezó a recitar Kaddish, la oración de los muertos. No sé si, durante la historia del pueblo judío, alguna vez los hombres han recitado el Kadish por sí mismos.

“ *Yisgadal veyiskadash, shmey raba* …. Que su nombre sea célebre y santificado…” susurró mi padre.

Por primera vez sentí que la ira crecía dentro de mí. ¿Por qué debería santificar Su nombre? El Todopoderoso, el eterno y terrible Amo del Universo, optó por guardar silencio. ¿Por qué había que agradecerle?

Continuamos nuestra marcha. Nos acercábamos cada vez más al pozo, del que se elevaba un calor infernal. Veinte pasos más. Si iba a suicidarme, este era el momento. A nuestra columna sólo le quedaban unos quince pasos por recorrer. Me mordí los labios para que mi padre no oyera castañetear mis dientes. Diez pasos más. Ocho. Siete. Caminábamos lentamente, como se sigue un coche fúnebre, nuestro propio cortejo fúnebre. Sólo cuatro pasos más. Tres. Allí estaba ahora, muy cerca de nosotros, el pozo y sus llamas. Reuní todas las fuerzas que me quedaban para romper filas y lanzarme sobre el alambre de púas. En el fondo, me estaba despidiendo de mi padre, del universo entero, y contra mi voluntad, me encontré susurrando las palabras: “ *Yisgadal, veyiskadash, shmey raba* …. Mi corazón estaba a punto de estallar. Allá. Estaba cara a cara con el Ángel de la Muerte….

No. A dos pasos del pozo, nos ordenaron girar a la izquierda y nos condujeron al cuartel.

Apreté la mano de mi padre. Él dijo:

“¿Se acuerda de la señora Schächter, en el tren?”

Nunca olvidaré esa noche, la primera noche en el campamento, que convirtió mi vida en una larga noche, siete veces maldita y siete veces sellada.

Nunca olvidaré ese humo. Nunca olvidaré los pequeños rostros de los niños cuyos cuerpos vi transformados en humo bajo un cielo silencioso.

Nunca olvidaré esas llamas que consumieron mi fe para siempre.

Nunca olvidaré el silencio nocturno que me privó por toda la eternidad de las ganas de vivir.

Nunca olvidaré esos momentos que asesinaron a mi Dios y mi alma y convirtieron mis sueños en cenizas.

Nunca olvidaré esas cosas, incluso si estuviera condenado a vivir tanto como Dios mismo.

Nunca.

*Extracto de Elie Wiesel, Noche, trad. Marion Wiesel (Nueva York: Hill y Wang, 1960). Copyright de la traducción © 2006 de Marion Wiesel. Reimpreso con autorización de Hill and Wang, una división de Farrar, Straus and Giroux, LLC.*